

ELSA CROSS

DOS POEMAS

LA RUMOROSA

Piedras  
como los huesos dispersados  
de los ancestros.  
Hilos de viento atándonos aún  
a esa voz venida del trasmundo.  
(El vuelo ceremonioso de los buitres  
termina junto a la víctima).  
La voz  
deshilando el rumor  
alza su advertencia  
en las vueltas del camino  
donde otros abrazaron su muerte.  
Piedras como fauces,  
terraplenas,  
nimbos.  
Eco dando tumbos  
hasta el fondo de la cañada.  
Silencio total:  
los pasos del enviado sigiloso—  
te vuelves sobre tu hombro,  
desaparece.  
Se aparece otra vez en las vetas del muro,  
se transforma en serpiente,  
en cuerpos de amantes enlazados,  
en pájaros  
—vuelan en bandada  
hasta la cima de otro monte.  
Huevos gigantescos.  
Nidos petrificados en la cumbre árida.  
Y el rumor  
como aleteo de ave de presa  
alcanza con su frío hálito tu nuca.

TENAYUCA

*Ha bajado aquí a la tierra la muerte florida,  
se acerca ya aquí,  
en la región del color rojo la inventaron...*

Axayácatl

Parca la noche  
cerrará sus dedos  
sobre el plúmbago borroso del crepúsculo.  
Siluetas de serpientes  
asoman cabezas desiguales desde la línea simple.  
Así trajo el equinoccio  
distinta fortuna a cada cual,  
y fue para nosotros  
la serpiente enroscada que se yergue  
sin extender sombra alguna.  
Equinoccio de otoño.  
Su silencio como una hendidura hacia otra vida.

Ahora,  
mientras la tarde llena aún el horizonte,  
mientras podemos ver cómo desciende  
de cara a la Pirámide  
el sol enrojecido,  
de sangre fecundo,  
mientras andamos todavía bajo este muro,  
lleno de calaveras,  
entre espinas de maguey,  
en tanta ruina,  
ahora, nos amamos.

Pasó frente a nosotros sin tocarnos  
el Señor de la Muerte.  
De sus espejos salían los relámpagos,  
bajo su paso la tierra trepidó.  
Paso de danzante,  
tropel de espectros.  
Sus huellas dejaron hielo en las gargantas,  
polvo sobre la sangre seca,  
escombros sobre los cuerpos mudos.  
Oímos chillar sus emisarios.  
Sin fin su tráfago funesto hendía el aire.  
Y el sol brillaba en tanta destrucción.

Túmulos,  
hojas abriendo entre sus pliegues el otoño.  
Al fondo la memoria que se agota.  
Sabor del miedo que se va,  
del miedo que nos deja  
al mirarnos de frente  
antes de que su grito quiebre nuestras voces,  
antes de que su abrazo nos separe.

De tanta ruina  
donde el pasmo de los ojos agiganta  
en la herida o la pérdida,  
en la miseria nueva,  
de tanta ruina nos alzamos.  
Nos alzamos intactos para amarnos  
mientras la muerte cantaba a nuestro lado.